CENTRO DE CULTURA CONTEMPORÁNEA

CONDEDUQUE

ARTES ESCÉNICAS

CELSO GIMÉNEZ «LAS NIÑAS ZOMBI»

DEL 1 AL 11 DE JUNIO

ARTES ESCÉNICAS

CELSO GIMÉNEZ «LAS NIÑAS ZOMBI»

DEL 1 AL 11 DE JUNIO

FICHA ARTÍSTICA

PAÍS
España

DURACIÓN
85 minutos aprox.

EDAD RECOMENDADA
A partir de 14 años

ESPACIO
Teatro

EQUIPO ARTÍSTICO

CREACIÓN
Celso Giménez

EN ESCENA
Natalia Fernandes, Teresa Garzón, Belén Martí Lluch

COORDINACIÓN TÉCNICA
Roberto Baldinelli

AYUDANTÍA DE DIRECCIÓN
Iván Mozetich

ESCENOGRAFÍA Y VESTUARIO
Marcos Morau

ILUMINACIÓN
Alván Prado

VÍDEO Y CACHIVACHES
Albert Coma

ESPACIO SONORO
Adolfo García

PRODUCCIÓN
Ana Botía, Alicia Calôt y Elena Barrera

REALIZACIÓN DE ESCENOGRAFÍA
David Pascual

CONSTRUCCIÓN DE ESCENOGRAFÍA
Ou

REALIZACIÓN MOBILIARIO
Mundo Prieto

NARRADOR
Celso Giménez

VOZ TELÉFONO
Nacho Sánchez

DISTRIBUCIÓN Y COMUNICACIÓN
Art Republic (Iva Horvat y Élise Garriga)

PRENSA
Paloma Fidalgo

FOTOGRAFÍA Y DISEÑO GRÁFICO
Mario Zamora

CÓMPLICES EN EL CRIMEN
Itsaso Arana y Violeta Gil

AGRADECIMIENTOS
Mamen Adeva, Laia Ateca, Tanya Beyeler, Xavier Bobés, Max Brooks, Sergi Casero, Gabi Careto, Andrea Chapela, Olivia Delcán, Manuel Egozkue, Patricia Ferro, Tony Gallego, José Giménez, Pablo Gisbert, Marjan Gjorsheski, Elena Gómez, Aurora García, André Pronk, Pucho, Rafa Rodríguez, Nuria Román, Jorge Sevillano, Elif Shafak, Sara Toledo, Carlota Wilmshurst, Arian Yahyaee Ignataki, María Jesús Zamora, Miguel Ángel Villanueva y Covadonga Villanueva

Una producción del Centro de Cultura Contemporánea Conde Duque, Festival Grec, Grand Theatre de Groningen, Noorderzon Festival, MA Scène Nationale de Montbéliard, Auditorio de Tenerife y La tristura

La Tristura está cerca de cumplir 20 años como compañía. Uno de sus fundadores, Celso Giménez, presenta aquí su primera pieza firmada al margen del colectivo que forma junto a Itsaso Arana y Violeta Gil desde 2004, algo así como el disco en solitario de un miembro de una banda longeva, donde, eso sí, la buena sintonía en el grupo hace que las compañeras de siempre participen en algún tema. Pero Celso tenía la necesidad de contar esta historia bajo su entera responsabilidad creadora, por dar un paso más en su trayectoria artística y, sobre todo, porque es un material muy anclado a su biografía y la de sus antepasados. Dicho esto, querido espectador, querida espectadora, cabe prescribir el alejamiento de cualquier tentación de catalogar esto bajo el socorrido paraguas del teatro documental o de la no menos manida autoficción, a pesar de que se concite un hecho histórico central en la reciente historia española, la Guerra Civil, y sus consecuencias en forma de herencia zombi para los nietos de aquel desastre fratricida.

Pero antes de desentrañar la presencia zombi que da título a la pieza, pongamos el antecedente real sobre el que se escribe la fantasía, ¿o es al contrario? Los recuerdos y su transmisión, generación tras generación, no están libres de ser ficcionados voluntaria o involuntariamente. El capricho de las memorias. Celso Giménez se llama Celso por su tío abuelo, que según los rumores familiares -rumores que galvanizan la pulsión por construir relato y devienen mitología- al final de la guerra, en vez de exiliarse, se ocultó en otra ciudad y bajo una identidad falsa, y así permaneció 40 años. Aquel Celso que durante décadas se llamó Ángel ha inspirado el personaje del abuelo de tres jóvenes primas, las niñas, que comparten en un encuentro fortuito sus dudas sobre las narraciones que han escuchado en sus casas, no siempre completas. Envueltos en secretismo, algunos datos emergen como islas, sensaciones no más que a veces notan en sus cuerpos sin saber muy bien de dónde vienen. Otra vez, la herencia zombi.

"He podido profundizar sobre el concepto de tercera generación preparando este trabajo -cuenta Celso-, la tercera generación que es la nuestra. Hay teorías más literarias y otras más psicológicas que vienen a decir que la generación que sufre una guerra o un trauma muy fuerte es la generación de lo indecible; la siguiente es la generación de lo innombrable y la siguiente, la tercera, es la generación de lo impensable. En esta última es donde he centrado la pieza, en esas nietas, esas niñas -o ya no tan niñas- que han heredado algo que no saben lo que es. Siempre se ha creído que se hereda solo lo que está en el código genético, pero las últimas hipótesis científicas dicen que la epigenética también se hereda, es decir, todo aquello que está alrededor de los genes. Hay gente, por ejemplo, que vivió las explosiones con napalm y sus nietos experimentan miedo hoy al oler según qué cosas. Qué se puede heredar y qué no: de eso va la pieza". La herencia de algo que existió y ya no existe, pero que sigue vivo de alguna forma.

La obra oscila entre la claridad diáfana de una trama basada en códigos naturalistas y una envoltura de ensoñación a través de otras imágenes, otras voces, otros textos, con un halo de extrañamiento poético, una "semántica zombi", en palabras del creador, que se va apoderando del escenario. "Me gusta y me interesa el tipo de monstruo que es un zombi, porque es el único monstruo plaga, y eso es importante hablando de clase social. Es decir, uno solo no es nada, la fuerza está en la masa". También heredamos lo que significa pertenecer a una clase social, nos llega el instinto de supervivencia de los que no tuvieron nada, de los que no pudieron estudiar, y superamos aquellas carencias con los restos de dignidad que permanecen en el código epigenético que heredamos. La tercera generación es la que, por fin, puede nombrar lo que no podía nombrarse y reconocer el monstruo y el miedo que permanece en los cuerpos hasta superarlo. "Somos la primera generación que puede hablar del trauma, pero también somos la última, seguramente, y confío en que eso da mucho sentido a la pieza".

Las niñas zombi es un relato con un anclaje histórico muy claro, sí. Nombrar la Guerra Civil es invocar la memoria histórica, la política, las cuentas pendientes, las heridas abiertas, pero la pieza se cuida mucho de diluir todo este conglomerado en busca de una historia más universal. Al fin y al cabo, el siglo XX ha dejado traumas bélicos diseminados por muchas partes del planeta y, en cierto sentido, somos muchos los que compartimos una herencia zombi tatuada en lo más profundo del ser. Eso es lo que invoca realmente esta obra, no para clarificar un hecho histórico concreto, que es tarea de historiadores, sino para jugar con las genealogías desdibujadas. "Trato de imaginar -concluye Celso- cómo somos las nietas, las niñas zombi que no llegamos siquiera a saber bien qué sucedió y, sin embargo, estamos transformadas a nivel educacional, cultural y sentimental, por estas historias que, al mismo tiempo, parecen películas lejanas de zombis y vampiros".

Álvaro Vicente